

las encrucijadas, en los pianos de los restaurantes, patriotas exaltados de bebidas cantan la nueva canción guerrera: *We don't want to fight, but by Jingo if we do...* afirmando aún en un berrido que: "Los rusos no irán, no, a Constantinopla..."

En un día como éste un portugués sólo puede aspirar a una aldea del Minho o a la paz de un convento; y es disculpable que, habiendo de hacer la biografía de un escritor su amigo, no pueda, completamente embrutecido, producir las reflexiones sabias que inspira una obra ilustre, y se deje ir a recordar solamente las impresiones luminosas que le dejó una convivencia querida.

Soy, con toda consideración, de usted devoto colega,

EÇA DE QUEIROZ.

Newcastle, 25 de febrero de 1878.

### III BRASIL Y PORTUGAL

Bristol, 14 de diciembre de 1880.

Mi querido Pinheiro Chagas: Recibí el número del *Atlántico* conteniendo su excelente artículo *Brasil y Portugal* (1). Como hoy es domingo y llueve y no puedo ir a pasear bajo los bellos árboles de Severn, conversaré con usted un momento, aquí al rincón de mi lumbre.

Evidentemente, sin embargo, el hombre que le escribe no es aquel que usted hace meses abrazaba entero e intacto en la esquina sagrada de la *Casa Havaneza*; a ese lo desmoronó usted, lo derribó con las tres pesadas columnas del *Atlántico*, blandidas con ambas manos en un esfuerzo entumecido de Sansón. No conozco, realmente, en la historia o en la leyenda, ejemplo de

(1) Estos dos artículos (o más propiamente, cartas de disputa y batalla intelectual) que siguen, combinados en uno, son fuertes palestras de polémica contra Pinheiro Chagas—*sempre este homem fatal*, como él decía—, que fué historiador, orador, periodista, novelista a ratos, secretario de la Academia. Estas dos cartas son de lo más bello que ha producido la pluma de Eça de Queiroz, y muestran sus condiciones de polemista.—N. del T.

una ferocidad igual, a no ser tal vez la de aquel centurión muy barbudo que, en las litografías del Martirio de San Esteban, está lanzando con los dientes crujientes un peñasco horrible sobre el cráneo aureolado del desventurado confesor...

Así usted me aplasta bajo pedruscos desproporcionados: son la crítica histórica, la teoría científica del medio ambiente, el Reverendo Bernardo de Brito, Darwin, la revuelta del Marañón, el general Madeira, la Casa Havaneza (1) y su tabaco, las Molucas (pero ¿todas las Molucas, Pinheiro Chagas?), Lord Welesley, rajás de la India uno a uno, la Holanda y sus colonias, (Cochim y Cananor, el cadáver de Lord Mayo, la *emisión* de Newton, señales algebraicas, operaciones cabalísticas, la regla de tres, los climas, las razas que son iguales a N., Pernambuco y el Universo...

¡Y todo esto arrojado sobre mi miserable esqueleto, con arte, con elocuencia, con lujos de actitud, con las elegancias sabias de bello atleta!...

Porque la hediondez de su ferocidad no excluye, mi querido Pinheiro Chagas, la excelencia de su talento. Pero sinceramente fué usted excesivo. Desde que recibí su *Brasil y Portugal*, de sopetón, he estado ocupado en apañar laboriosamente aquí y allá, por el suelo, los pedazos de mí mismo. Tan violentamente me despedazó usted, sin embargo, que no consigo reconstruirme; no sé, por ejemplo, dónde anda mi pierna derecha; fáltame todo un pedazo de hígado; y sólo con dos dedos y medio estoy trazando estas líneas...

Toda esa indignación, mi querido Chagas, fué pro-

(1) Ya he dicho otra vez que la Casa Havaneza es la tabaquería más elegante de Lisboa, centro de reunión de la gente "bien", en pleno Chiado.—N. del T.

vocada, a lo que parece (pues el caso es obscuro), porque yo, según usted proclama, "he injuriado y zaherido a mi patria".

¿De qué modo pérfido y villano? Con dos frases que intercalé de comentario a un artículo de *The Times* sobre el Brasil, traducido en mi correspondencia para la *Gazeta de Noticias*, de Río de Janeiro (1). Esas dos frases eran solamente dos afirmaciones históricas: la primera, que "a fines del pasado siglo y comienzos de éste, Portugal se había tornado como una colonia del Brasil"; la segunda, que "nuestro Imperio del Oriente fué un monumento de ignominia..." ¿De donde usted dedujo que yo insulté a mi patria!...

De donde yo deduzco, mi querido Chagas, que usted, a pesar de habitar la Lisboa contemporánea de 1880, es realmente un viejo personaje del siglo XVIII, con más de ciento cuarenta y cinco años de edad, pintado por fuera de un colorido natural de vida moderna, pero reseco y polvoriento por dentro, que, habiéndose abstraído milagrosamente a los años y a las revoluciones, anda ahora entre nosotros representando los modos de hablar y de pensar que caracterizaron la sociedad portuguesa del tiempo de la Señora Doña María I.

Usted se acuerda aún de que en esas épocas, *criticar* era sinónimo de *injuriar*; en literatura sólo se admitía la Epístola Laudatoria, y como comentario a las cosas públicas, sólo se toleraba la Cantata. Cuando

(1) Este artículo a que alude Eça y en que intercaló esas frases, fué recopilado en *Cartas de Inglaterra*, y puede verse en este libro traducido por mí y publicado en esta misma Biblioteca Nueva. (Vid. *Cartas de Inglaterra*, pág. 252 a 265.) N. del T.

su contemporáneo y amigo el Padre Macedo (1), encontraba malo un verso de Bocage; éste, como usted seguramente se acuerda de habérselo oído en el café de Nicolás, declaraba al Padre Macedo *un borracho*. Y noto que me refiero a los dos grandes hombres de la época: porque en las camadas subalternas de la plebe del Parnaso, el poetaastro atacado en su estro iba a hacer una denuncia a la Intendencia de Policía.

La crítica histórica no corría tales peligros. No existía entonces entre nosotros. Pero, si en los bellos tiempos del señor intendente Pina Manique, hubiese aparecido un historiador como el señor Alejandro Herculano, o el señor Oliveira Martins, usted (que tantas veces paliqueó con el gran intendente por los patios de los conventos y que conocía bien su energía y su fibra) sabe perfectamente que hubieran ido a pudrirse en una mazmorra el señor Martins (2) o el señor

(1) El padre José Agostinho de Macedo fué censor literario durante varios años, desde 1824 a 1829, y fundó la *Nueva Arcadia*, en contraposición a la antigua *Arcadia Lusitana*. Se hizo famoso por sus acerbos crítica de Camões y sus invectivas contra los autores de la época en su *Motim Literario*, que era una especie de revista a estilo de las que más tarde habían de fundar aquí, en España, el crítico *Clarín*, con sus *Folleto Literarios*, o la señora Pardo Bazán, con su *Nuevo Teatro Crítico*. En ella, el padre Macedo destilaba su corrosivo veneno contra los autores de la época, y su enemiga contra Camões le hizo concebir la absurda pretensión de competir con él en su poema *Oriente*. En cuanto a Manuel María Barbosa du Bocage, el mordaz poeta, que es el Quevedo portugués, y tan popular allí como aquí el nuestro, ¿quién no conoce, por lo menos, el nombre y las principales poesías picarescas y satíricas?—*N. del T.*

(2) Joaquín Pedro Oliveira Martins fué el gran historiador,

Herculano (1). ¿Y por qué? Precisamente por “haber zaherido al país e insultado a la patria”. Por eso usted, antiguo amigo de Manique y su colega de novena, me acusa ante la opinión, exactamente con las mismas palabras y precisamente por los mismos motivos con que habría sido formulada en 1801 contra un historiador una querrela de la Intendencia de Policía... ¡Ah, mi querido Pinheiro Chagas; con su ingenio y con su *verve*, qué interesante debe de ser, en una noche de invierno, oírle contar los casos de esa época, de la Lisboa del siglo XVIII, en que usted floreció: los celestiales encantos del locutorio, las comedias del Patio de las Arcas (2), los gorjeos de la Caffarelli, las meriendas, las procesiones y los días gloriosos en que usted, entre azafatas y frailes, de pareja con la negrita anamita Doña Rosa y el señor Arzobispo de Tealónica, acompañaba a la corte que iba a cazar a Salvaterra!...

Mire, eso que usted publicó en el *Atlántico* lo había dicho ya, la víspera por la noche. ¿Sabe dónde? En un sarao, en casa del señor Marqués de Marialva; en aquel sarao del tiempo de la señora doña María I,

etnógrafo y político, contemporáneo e íntimo amigo de Eça de Queiroz y de Guerra Junqueiro, autor de *A civilização ibérica, Portugal contemporâneo, Os filhos de Don João I, O Príncipe perfeito, Systema dos mitos religiosos, etc.*—*Nota del Traductor.*

(1) Alejandro Herculano de Carvalho (1810-1877) fué el Walter-Scott portugués, el gran novelista histórico e historiador, autor de obras que ya han sido traducidas al español, y muy leídas, como *El monje del Cister, Eurico el Presbítero, Leyendas y narraciones, Arras por fuero de España.*—*Nota del traductor.*

(2) Uno de los teatros más típicos de Lisboa, algo como aquí nuestro Corral de la Pacheca.—*N. del T.*

que tan admirablemente describe el señor Oliveira Martins en su espléndido monumento *Historia de Portugal*. ¡Si yo sé hasta con quién entró usted! Fué con el señor Conde de Vila-Nova; habían venido ambos de acompañar al Viático con sus hopas rojas.

Apenas estuvieron en el salón, usted, mi querido Chagas, con el zapato de hebilla en paso de minué, fué a saludar a una de las muchachas, *sécia* (1) galante de la época, y le comparó los ojos negros a dos *flechas de Cupido*. Esto fué juzgado en derredor lindamente delicado. Pero no pudo usted proseguir, porque ya Policarpo, el contralto castrado de la Capilla Real, estaba cantando junto al clavicordio...

Después, la señora Marquesa, golpeando con el abanico en la mesa de marfil a su lado, exclamó en medio del silencio:

—¡Allá va un *mote!*... (2)

¡Y en seguida, nuestro Chagas se puso a glosar! ¡Y con qué ternura, con qué languidez le recompensaron de los refinamientos floridos de su estro los dos bellos ojos negros, *las dos flechas de Cupido!*...

Comenzó entonces la partida de tresillo del señor Marqués. Usted no fué admitido a la partida del hidalgo, sino que jugó sólo un *chaquete* (3), subalterno con un Monseñor de la Patriarcal. Y por la sala, entre tanto, iban susurrando las conversaciones.

(1) *Sécias* es el nombre que se dió en Portugal a las damistas de Palacio, a las *mirlifloras* o coquetuelas que prendían a los palatinos en sus lazos.—N. del T.

(2) Estribillo que era como el pie forzado sobre el cual habían de glosar los poetas improvisadores.—N. del T.

(3) El *chaquete* era un juego hoy ya no usado y parecido al de las damas; se jugaba también sobre un tablero. En portugués llamóse *gamão* y en latín *latruncularum ludus*. Es también el *trictrac* francés.—N. del T.

Discutiase el proceso de una linda mujer del barrio de Alfama, que comía criaturas en ensalada; un magistrado aconsejó, para curar cuartanas, perlas que hubiese usado la Reina, molidas en polvo; hablóse de la escandalosa aparición de Belcebú en el convento del Sacramento de Alcántara; y una dama contó del juicio que diera una dentellada en la pierna al señor de los Pasos de Gracia...

Esto estremeció de horror. Y entonces fué cuando usted, Pinheiro Chagas, dijo, después de tomar un sorbito de rapé con deleite:

—Pero ¡hay algo peor! ¡Hay algo peor!...

Y usted, pausado y grave, narró mi nefando caso; un jacobino, un traidor comprado por el oro del Brasil, había escrito que Portugal fué una colonia brasileña y que hubiera horrores en nuestra dominación de India!...

Hízose en la sala un silencio trágico. Las *sécias*, despavoridas, se agazaparon junto a los monseñores. De conmovido que estaba, el heredero ilustre de la casa de Angeja perdió la baza... Y los fulgores de las antorchas parecieron más tristes.

El señor Prior de San Julián, aguzando sus ojos de lechuza, exclamó tembloroso:

—Y el monstruo, ¿aún no está en el Santo Oficio?

—Lo tengo sobre ojo, reverendo—dijo usted, severo...—Y he de hablar a Manique.

Cuchicheó entonces por el sarao un suspiro de alivio. ¡La sociedad estaba salvada! Chagas velaba por ella... Ya, abajo, tintineaban los cascabeles de las literas. Fueron saliendo todos... Y usted fué quien, llegando al señor Arzobispo de Tesalónica, y queriendo resumir en una palabra todo el mundo de verdades y de ideas que se había agitado en ese sarao, el esplendor in-

telectual que allí brillaba, y al cual usted había contribuído, dijo respetuosamente al prelado:

—Portugal es pequeñín, pero es un terroncito de azúcar (1).

Y Su Eminencia replicó, después de eructar:

—Tiene usted razón, brigadier Chagas.

¡Brigadier, sí! ¡Brigadier del tiempo de la señora doña María I! ¡El último brigadier patriota!

¿Se acuerda usted del tipo? Eran aparatosos y formidables; habían estado en el Rosellón; en las fiestas de familia—boda o cumpleaños—eran ellos quienes se levantaban de sobremesa y, con una lágrima en el bigote, golpeándose sobre el corazón, hablaban del *viejo Portugal!* Alardeaban de opiniones, y no comprendían que el Estado hiciese otra cosa sino airear los laureles de Arzila, ni que el pensamiento pasase más allá de las maravillas de la *Nueva Castro* (2). Decrépitos, mandando tres veteranos en un fuerte, aun todas las mañanas, después de beber su ginebra, golpeaban furiosamente con el bastón en las losas y querían tragarse al mundo. ¡Excelentes almas! Dejaban siempre dinero a una sobrina y sabían echar fondillos en los calzones. Odian al librepensador; atribuíanle todos los males de la patria; ¡para ellos, hacer crítica histórica del pasado

(1) La frase tiene más fuerza con los diminutivos lusitanos tan suaves, que reproduzco: *Portugal é pequenino; mas é um torraõzinho de açúcar*. La frase está recogida por Oliveira Martins en su *Portugal contemporáneo*, y fué pronunciada por un corregidor de Vizeu.—N. del T.

(2) *A Nova Castro* es una refundición o imitación de la *Castro* primitiva del clásico Antonio Ferreira (1527-1569), tragedia en que se canta el dolor de doña Inés de Castro. *A Nova Castro* fué escrita por un dramaturgo de segundo orden, hoy innominado, João Baptista Gomes, al final del siglo XVIII.—N. del T.

era ofender las glorias de la nación!... Usted es el último de esta noble raza.

Bien sé, bien sé lo que mi querido Chagas me va a decir: “¿Y mis libros, mis trabajos, mis opiniones liberales, mi democracia?...”

¡Oh, mi querido Chagas; sus libros nadie los admira más que yo! Y huélgome de decirlo aquí. Le veo hace más de diez años en la brecha, luchando, forjando violentamente la novela, el drama, el verso, la crítica, la historia; y me llena de respeto una vida moza, agitada así por una tan vasta labor intelectual. Tal vez yo encuentre, con mis “detestables teorías”, como usted dice, que en esa producción rica y exuberante, la parte artística (que no es la menos valiosa) esté un poco concebida fuera de la realidad y de la experiencia social. Mas eso es un detalle. La verdad es que toda su obra está atravesada por un fuerte y armonioso soplo de elocuencia, y que la vena que allí corre es amplia, límpida y bella. Su verbosidad humeante, su imaginación delicada e ingeniosa, le dieron ya un grande y noble puesto en la historia literaria de Portugal; y su saber, su palabra de orador que enardece y excita, destinanle a ocupar en breve un sitio mayor aún en su historia política. Pero esto, mi querido amigo, no impide que usted, como patriota, sea un brigadier.

Y lo curioso es que usted se convirtió en brigadier (nadie nace tal), con las intenciones más bellas y más generosas. Como todo espíritu activo y ambicioso, cuando usted comenzó su carrera deseó distinguirse y destacarse de la generación contemporánea suya por una originalidad vigorosa. Esto es nobilísimo; nada más miserable que salir de la escuela e ir en seguida a ocupar un puesto servil en la fila balante de los carneros de Panurgo. Por eso, usted, para orientarse, miró

en derredor. ¿Y qué vió? Un espectáculo triste: una mocedad desengañada y escéptica, desconfiada de sí misma y del país, ignorando la tradición y escarneciendo las instituciones, quejándose de la falta de todo y no tratando de proveerse de cosa alguna, odiando el suelo en que naciera, la lengua que hablaba, la educación que había recibido, agazapada dentro de ese odio estéril, como un mochuelo dentro de su agujero, y, en realidad, tan ajena a la patria y al genio de la raza como si hubiese sido importada de Francia, en cajones, por el vapor-correo de El Havre!... Esto era suficiente para indignar a un corazón elevado como el suyo. Pero, a más de eso, usted comprendió que, en medio de tal generación, de tal mocedad, de tal literatura, la originalidad suprema, el gran relieve, estaría en esto: *ser patriota*. Desde ese momento, usted poseía su especialidad, su nota individual, su campo propio para cultivar: *el patriotismo*. ¡Y con qué solicitud, mi querido Chagas, se apoderó usted de esa mina de oro!... ¿Y cómo no? ¡El patriotismo sería, de ahí en adelante, para usted, no sólo una doctrina, sino *un asunto!*... ¡Asunto para drama, para oda, para folletín, para discurso, para grito, para sollozo!... En fin, el patriotismo era su espléndida carrera... Carrera original, y para la cual usted se preparó con una sinceridad, una labor, una abnegación que le honran.

Otro cualquiera se hubiera contentado con hojear un libro de Historia para coger aquí y allí fechas o nombres de batallas. Usted, no. Usted se encerró dentro de la Historia, como Carlomagno, revolviendo el polvo de los antepasados, procurando penetrarse de la noble fe que los hizo grandiosos, durmiendo con las hazañas del conde Nuño Álvarez debajo de la almohada para sorprender y poder imitar las palpitaciones de aquel puro

corazón de héroe. Infolios, códices, manuscritos, memorias, crónicas, cartas forales: todo lo absorbió usted. Mil veces atravesó usted y volvió a atravesar, como dice Michelet, *el sombrío río de los muertos*. Día a día revivió todo el pasado épico. Y, por fin, llegó una hora en que usted se consideró digno de haber recibido en Sagres, en alguna víspera de partida de las carabelas, las confidencias sublimes del Infante D. Enrique.

Entonces, usted abrió de par en par las puertas del santuario en que hasta entonces se encerrara, y adelantándose hasta el público, con la mano sobre el pecho, soltó su gran grito patriótico. Pero, ¡oh sorpresa!, cuando usted y yo y todos imaginábamos que el público iba a levantarse, arrebatado, y a gritar en una aclamación: *¡He ahí un gran patriota!*, el público quedó sentado, y dijo simplemente: *¡He ahí un buen brigadier!*...

Es un desastre tremendo, bien lo sé, y nadie lo lamenta más que yo. Pero confesemos, mi querido Chagas, que la cosa estaba prevista. Cuando en esta nuestra edad, que marcha hacia lo futuro con la deslumbradora velocidad de un expreso; en esta edad, en que el hecho de la víspera queda al punto tan rezagado como la rendición de Troya; y en el que el héroe de ayer, apenas muerto, se torna al punto tan vago como el mismo Ajax; un hombre que nos venga a hablar de Cochim y de Cananor; que reproduzca las jactancias honrosas, pero obsoletas, del patriotismo de Jacinto Freire de Andrade; que nos agarre por la solapa de la levita para que nos quedemos llorando con él por el desastre de Alcázar-Kebir; un hombre tan original, en medio de una sociedad que no le comprende, termina por parecer algo difunto, arcaico, desenterrado, un verdadero brigadier del tiempo de la señora Doña María I, que la Muerte olvi-

dó, y que yerra por entre nosotros aturdido, como una lechuza en la luz.

Su plan de ser patriota, querido Chagas, era sublime y fecundo. ¿Sabe cuál fué su error?... Que en lugar de apoyar su patriotismo en las fuerzas vivas de la nación, inspirándose en ellas, para ayudarlas y dirigir las, usted las fué a apoyar sobre el polvo de los héroes muertos, tornándolo así seco y frío, desde luego.

Su patriotismo, en vez de ser de utilidad pública, era sólo de curiosidad arqueológica. Usted no había estado sacando de la Historia una fuerte lección moral; recortó allí, simplemente, pintorescos casos de guerra y de armada. No traía un programa para el movimiento social de las generaciones futuras; sólo una recapitulación sonora de hazañas vetustas. Esperábase un revelador de verdades; apareció un cronista de monasterio.

Por eso el público exclamó: *¡He ahí un brigadier!* Y no fué bastante severo. Debiera tal vez haber dicho: *¡He ahí un bonito sebastianista!*...

Y es que hay dos especies de patriotismo, mi querido Chagas.

Hay, en primer lugar, el noble patriotismo de los patriotas; esos aman a la patria, no dedicándole estrofas, sino con la serenidad grave de los corazones fuertes. Respetan la tradición, pero su esfuerzo va todo hacia la nación viva, la que en torno de ellos trabaja, produce, piensa y sufre; y dejando atrás las glorias que ganamos en las Molucas, ocúpense de la patria contemporánea, cuyo corazón late al unísono del suyo, procurando comprender sus aspiraciones, dirigir sus fuerzas, tornarla más libre, más culta, más fuerte, más sabia, más próspera, y por todas estas nobles cualidades, elevarla entre las naciones. Nada de lo que pertenece a la patria les es extraño; admiran, sin duda,

a Alfonso Henríquez, pero no quedan para siempre petrificados en esa admiración; van entre el pueblo, educándolo y mejorándolo, proporcionándole más trabajo y organizando mejor su instrucción, fomentando sin descanso los dos bienes supremos: Ciencia y Justicia. Ponen la patria por encima del interés, de la ambición, de la vanidad, y si tienen, a veces, un fanatismo estrecho, su misma pasión los diviniza. Todo lo que es suyo lo dan a la patria; sacríficale vida, trabajo, salud, fuerza. Danle, sobre todo, lo que las naciones necesitan más y lo único que las hace grandes: le dan la Verdad. La verdad en todo: en historia, en arte, en política, en las costumbres. No la adulan, no la engañan; no le dicen que es grande porque tomó a Calicut; dícnle que es pequeña porque no tiene escuelas. Le gritan sin cesar la verdad ruda y brutal. Le gritan: "¡Eres pobre, trabaja; eres ignorante, estudia; eres débil, ármate! ¡Y cuando hayas trabajado y estudiado, cuando te hayas armado, yo, si fuese necesario, sabré morir por ti!..." He ahí el noble patriotismo de los patriotas.

El otro patriotismo es diferente; para quien lo siente, la patria no es la multitud que en torno suyo palpita en la lucha de la vida moderna, sino la otra patria, la que hace trescientos años embarcó para las Indias, al repique de las campanas, entre las bendiciones de los frailes, para arrasar aldeas de moros y traficar en pimienta. Para ese, su manera de amar a la patria es tomar una lira y dedicarle lánguidas serenatas. Ese sube a la tribuna del Parlamento o al artículo de fondo, y desde allí exclama, con los ojos en blanco y los labios espumeantes de lujuria: *¡Oh, patria! ¡Oh, hija mía! ¡Ay querida! ¡Ay, pequeña, qué linda eres!*, exactamente como había dicho la víspera en un reservado a una an-

daluzas baratas. Ese, ¡cosa pavorosa!, no ama la patria: la enamora; no le da obras: le dedica odas. Ese, cuando la patria se aproxima a él, con las manos vacías, pidiéndole que coloque en ellas el instrumento de su resurgir, le pone en las manos (¡oh, ironía pícaras!), ¿qué?... ¡los laureles de Ceuta!... Cuando el pueblo le pide más pan y más justicia, respóndele, retorciéndose el bigote: —*Deja eso... Tú tomaste a Cochim...*

Es ese patriotismo el que, cuando alguien lanza una verdad, acude con la mano en la cintura y con *La Monarquía* de Fray Bernardo de Brito apretada contra el corazón, exclamando: “¡Mira, qué injuria es esa a la patria!... ¿Pues tú no sabes, ignorante, que somos aún temidos en la India?... Y la prueba la tengo en este infolio.” Y queriendo garantizar la propia indolencia por una gran inercia pública, ese patriotismo aconseja que no se haga nada, nada se estudie y nada se cree, ¡porque el Sr. D. Manuel fué antaño un gran Rey!... Y apenas un hombre sincero intenta despertar el alma portuguesa y su genio del marasmo en que se sumerge, ese patriotismo corre, se pone de bruces y procura hacer ese sueño de la patria más pesado y más profundo, cantándole al oído la leyenda arrulladora de la toma de Arzila!...

Este patriotismo, querido Chagas, es el de los brigadieres vestidos a la moderna. Y (lamento tener que decirlo) parécese mucho al suyo. Los franceses lo llaman *chauvinisme*; yo le llamaría entre nosotros *patriotería*. Y a los que lo cultivan daríales los nombres (según sus diferentes temperamentos) de *patrioteros* o *patrioteadores* (1). Es el vicio fatal que lleva a las ca-

(1) No se pueden traducir por no haber correspondencia en castellano todos los adjetivos de desprecio (diminutivos

tástrofes. Es el que no dejando hacer nada, bajo el pretexto de que se hizo todo, inmovilizando a la nación en un pasmo ficticio ante el pasado, le impide trabajar para lo futuro. Es el que a Austria da un Sadowa y a Francia, un Sedán. Es él el que grita en el *boulevard*: —*¡A Berlín! ¡A Berlín!...*—, cuando, moralmente, en el *boulevard* ya marchan los prusianos. Haciendo discursos como Mr. Prudhomme, produce finales como Esquilo. ¡Y luego los patriotas tienen que recomponer las ruinas que hacen los patrioteros!...

Afortunadamente, el mundo va viendo desaparecer esa plaga funesta. Ni Austria ni Francia sufren ya de ella. Después de la victoria, el buen sentido de Alemania la libró de ella muy aprisa. En estas naciones, como en las más pequeñas, lo que quedan son patriotas que dicen la verdad a la patria. En realidad, tal jactancia de glorias muertas, obstruyendo los progresos vivos, sólo existe en dos siniestras clases de individuos: los bajás de Constantinopla y los mandarines de Pekín!...

Portugal estaba también, hasta ahora, exento de la *patriotería*. Ni en el Gobierno, ni en la Enseñanza, ni en la Literatura, ni en la Administración, ni en el pueblo, ni en la burguesía, advertí jamás esa peligrosa tendencia a renovar las prosapias de Jacinto Freire de Andrade. Por el contrario, dudábase en demasía del país, de sus fuerzas, de su genio, de su vitalidad latente. Y es para mí una sorpresa dolorosa que usted, con la autoridad de su saber y la luz de su talento, quiera hacer aparecer entre nosotros la grotesca, la peligrosa

grotescos) que emplea Eça: *patriotaças, patriotinheiros, patriotadores ou patriotarrecas*.—N. del T.



patriotería de los bajás, de los mandarines y de los brigadieres del reinado de la señora Doña María I.

¿Y quién sino un brigadier de esa época, un contemporáneo y amigo predilecto del señor Arzobispo de Tesalónica, frecuentador galante de las rejas del locutorio, teniendo por novia una monja del Sacramento de Alcántara; podría venir en 1880 a sostener en público esta opinión, tan elocuentemente expresada por usted en el artículo del *Atlántico*: “que se injuria a un país cuando se le critica el pasado; que es insultar a Portugal decir que, a fines del siglo XVIII y a comienzos de éste, fué como una colonia del Brasil”?

Pero entonces el insultador no soy yo, querido Chagas. Es el Sr. Alejandro Herculano. El lo dijo; yo le seguí. En la página 245 del segundo volumen de la *Historia de Portugal*, del Sr. Oliveira Martins, leí esta cita: “Portugal, el antiguo colonizador de América (dice el Sr. Alejandro Herculano), se había convertido a su vez en una colonia del Brasil, donde un gobierno corrompido, etc.”

Quien insulta al país, según su noble expresión, es el Sr. Alejandro Herculano. ¿Y entonces le va la patria a levantar una estatua? ¿Y al lado del Epico luminoso que la cantó, va a resplandecer, a la luz de sus cielos, en bronce o en mármol, la faz hosca de aquel que la insultó? ¿Y lo consiente usted, Pinheiro Chagas? ¿Y no ha de despedazar usted con sus manos el monumento maldito? Porque la *Historia de Portugal* y la *Historia de la Inquisición* son insultos tremendos...

Mas yo sé que usted es un patriota; y el Sr. Herculano no tendrá su estatua. Usted vela con la espada en alto, al lado del *Viejo Portugal*; y a todo aquel que al pasar no se incline, murmurando: —¡ Sólo tú

fuiste sublime y grande y contigo todo murió!—usted le corta la cabeza.

Tenga, pues, la bondad de cortar, no la mía, sino la del Sr. Oliveira Martins; pues fué él quien, desde la página 197 a la 297 de la *Historia de Portugal*, me probó, contándome en cada frase una torpeza, que “el Imperio de Portugal en Oriente fué un feo monumento de ignominia”. Esta fué la otra afirmación mía (en la *Gazeta de Noticias*), que le pareció “una injuria a la patria”. Aquí ahora el injuriador no es el Sr. Herculano; es el Sr. Oliveira Martins. Ese es la Hidra; corra usted a matarla. Allá está esa hidra, ese monstruo, en su antro de la *Rúa da Boavista*, en Porto, entre sus flores y sus libros. Usted aspirará al comienzo de la calle aquel olor de azufre y anarquía que se exhala de todas las cavernas donde existe un dragón de escamas de bronce, aplastando el orden sobre esqueletos de instituciones. Mas de nada se atemoriza un buen caballero. Y en servicio de su Dios, del Dios de Ourique, de las Crónicas, de las Damas, de las Molucas y de los laureles de Ceuta;—no es más bravo que usted Lanzarote del Lago, el buen señor Percival, que trae un pelícano en el yelmo o ese raro y lustroso espejo de caballería, el rubio Galaad, que anda buscando el Santo Graal y que tiene la fuerza de mil hombres porque su corazón es virgen...

Pero me hizo usted otra acusación, más grave y más vaga; me dijo usted que “yo llamé a Portugal un país de brutos”. Esto es divertido; y me veo forzado a citar mis palabras de la *Gazeta de Noticias*. Léense allí, en la columna cuarta, estos períodos: “... El juicio que de Badajoz acá se forma de Portugal no nos es favorable. No hablo aquí de Portugal como Estado Político. Bajo ese aspecto, gozamos de una razonable